



XVII

Sobre las Visitas á Jesús Sacramentado.

Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam.

Después que hube pasado de ellos un poquito encontré al que ama mi alma, le tuve y no le dejaré.

CANT. III, 4.

1. ¿Habrà algún bien en este mundo, por perfecto que se le suponga, que satisfaga plenamente las aspiraciones del humano corazón? No invoquemos las sagradas Escrituras, ni el acreditado testimonio de los Padres de la Iglesia; apelemos á una triste experiencia de seis mil años; hable nuestra lengua, lo que ven nuestros ojos, lo que palpan nuestras manos, lo que siente nuestro espíritu y profiramos la verdad: al hombre no le satisface plenamente ningún bien; nada de cuanto existe sobre la tierra, ni los dulces placeres, ni los delicados gustos, ni las gratas diversiones, ni los hermosos espectáculos, ni las pingües rentas, y menos aun las inmensas riquezas; después de haberlo probado todo, luego de haber dicho *basta* (que jamás se dice) nada sacia al apetito humano. Una amistad verdadera, desinteresada, larga, tan difícil de encontrar y que podría llenar en alguna manera las violentas exigencias del humano corazón también cansa, también fastidia. ¿Puede haber ente que haya satisfecho todos los gustos y procurado todos los re-

galos de un sibaritismo refinado, como Salomón? Pues, este rey, tan dotado de inmensas riquezas, tan lleno de eminente sabiduría, tan dado á los grandes placeres, que tenía para su regalo palacios magníficos, huertos deliciosos, vergeles perfumados, carrozas costosísimas, siervos sin número, rebaños de infinitos animales, armoniosos coros de cantores y centenares de concubinas; este rey que no negó ninguna belleza á sus ojos, ni ningún placer á su alma; con tremendo desengaño, al pisar los umbrales de la vejez decrepita, y cuando entreveía los albores de la eternidad, pronunció aquella famosa sentencia, axioma reconocido por la humanidad: «Todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.»

2. Empero, si una experiencia funestísima nos abre los ojos para ver y ponderar cuanto pasa en derredor nuestro, también lo es que en la Religión Católica hay sublimidades que satisfacen plenamente el alma, en cuanto cabe á una felicidad perecedera, y una de estas sublimidades es visitar á Jesucristo Sacramentado. Ved aquí el medio real que tranquiliza, que sosiega, que sacia los deseos del corazón. La conversación de Jesús no tiene amargura ni tedio, antes bien gozo y alegría, dice el Espíritu Santo; y en efecto, quien conversa con Jesús, en la soledad del santuario, experimenta una tranquilidad tan grande, un gozo tan inmenso y una satisfacción tan honda que no es para explicarlo.

Investiguemos, por lo tanto, la dulzura inefable de esta célica conversación y los bienes ocultos que de ella se obtienen, distribuyendo la materia para su mejor claridad en tres puntos: *I Jesucristo Sacramentado muestra vehementes deseos de que le visitemos. II Provecho inmenso que se consigue de visitar al Sacramento. III Felicidad incomparable de los que conversan frecuentemente con el Salvador eucarístico.*

§. I.

3. Paternal á la par que dulcísimo fué el aviso que Jesucristo, Señor Nuestro, dió á sus queridos discípulos momentos antes de partirse al cielo: «Mirad que yo estoy con

vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos.» Como si les dijera: No temáis, porque si me marchó, también quedo entre vosotros; ya sabéis dónde está el real palacio de vuestro Dios, para que acudáis á él en vuestras necesidades y tribulaciones. Por eso nos dice desde el Sacramento: «Venid á mí cuantos andáis cargados y oprimidos que yo os aliviaré.» Cuando un buen padre comprende que su amado hijo teme sufrir algún daño, y le dice para tranquilizarle:—Mira que tu padre está aquí; no tengas que temer,—así Jesucristo quiso declararnos con las palabras expresadas, que en adelante no debemos temer, pues Él se halla en el Tabernáculo para favorecernos, auxiliarnos y estrecharnos contra su Corazón sagrado.

¿Y no será así cuando el mismo Salvador afirma que sus delicias son habitar con los hombres? Mas, si tiene realmente con nosotros sus placeres castísimos es porque lógicamente cree y espera que nosotros iremos á verle y á pasar algunos momentos con su grata compañía. Por algo nos dirige las palabras del sabio: «Si hay alguno que sea pequeño en humildad venga á mí, con objeto de que le pueda recrear con el pan y el vino que le tengo preparado (1);» por algo nos dice con el salmista: «Venid, hijos míos, oid mi voz que os dirijo desde las prisiones del amor (2);» por algo nos asegura que quien á Él acude jamás tendrá hambre ni sed, ya que le satisfará con el agua viva del Tabernáculo, que salta hasta la vida eterna (3); por algo, finalmente, nos avisa para que no temamos á nuestros enemigos aunque nos calumnien y persigan y encarcelen y entreguen en manos de los verdugos (4), pues Él está con los suyos en la tribulación á quienes librárá del cautiverio moral y glorificará después (5); sí, por algo nos llama, nos requiere y nos invita; pero nos invita, nos requiere y nos llama para que le tomemos por amigo fiel y nos gocemos en su dulce compañía.

- (1) Prov. IX, 5.
 (2) Ps. XXXIII, 12.
 (3) Joan. IV, 14.
 (4) Math. X.
 (5) Ps. XC, 15.

4. La santa Iglesia, en opinión de S. Alfonso de Liguorio, instituyó la hermosa fiesta del Sacramento con tanta solemnidad para honrar, no sólo la Comunión, sino también la amorosa residencia de Jesucristo en nuestros templos (1). Á la verdad; aunque el fin primordial de la Esposa del Cordero, al instituir dicha fiesta, consistió en patentizar el triunfo de la Santísima Eucaristía sobre los herejes y malvados, empero no olvidó hacer recordar que Jesucristo se ha apisionado voluntariamente en nuestros sagrarios para declararnos su amor, y manifestarnos en consecuencia que si le somos agradecidos debemos visitarle con frecuencia. En su confirmación, decía el P. Nieremberg que Jesucristo se había quedado en los altares para recordarnos el amor que nos tuvo. Y por esto precisamente añade S. Pedro de Alcántara, quiso quedarse Él mismo por Esposo, á fin de que la Iglesia no quedase viuda en ausencia tan larga. Y ¿qué deseará, por lo tanto, el Salvador con haber adoptado tan bellos oficios? Si pretende ser nuestro perpetuo compañero, ¿no quedará estar á nuestro lado? Y si Él no puede salir de los templos á todas horas, ¿no será voluntad suya que le hagamos compañía en la prisión eucarística? «Mirad, decía Sta. Teresa, con esa sencilla elocuencia y claridad hermosísima que caracterizan sus escritos, mirad: no todos pueden hablar con el rey; lo más que un vasallo puede esperar es hacerle hablar por tercera persona. Mas para hablar con Vos, oh Rey de la gloria, no se necesitan terceras personas. Vos siempre estáis dispuesto á oírnos á todos en el Sacramento del Altar; todo el que quiere os encuentra siempre allí, y os habla mano á mano. Á más de que si uno logra hablar con el rey, ¡qué de tiempo y de paciencia no ha menester! Los monarcas dan audiencia pocas veces al año; pero Vos, Redentor nuestro, en este Sacramento nos dáis audiencia á todos siempre que lo deseamos.»

5. Comprendo que os habéis posesionado de las vehementes ansias que tiene el Salvador de que le visitemos;

(1) Monja santa, cap. 18.

mas ahora podréis declararme si realmente los cristianos secundan los deseos de Jesús. Pero, qué digo? Arrojemus opaco velo que nos impida ver ese gravísimo pecado. Jesucristo no es correspondido, no es visitado. Dejemos al mismo Salvador que exhale sus amargas quejas y que desahogue su tierno Corazón. Estaba un día la beata Margarita de Alacoque ante la augusta Eucaristía, cuando el Señor la mostró su bendito Corazón sobre un trono de fuego, cercado de agudas espinas y una pequeña cruz en lo alto, y la dirigía estas palabras:—Mira este Corazón tan amante de los hombres y que nada ha dejado de hacer hasta consumirse y agotarse por amor suyo, pero en recompensa no recibe de la mayor parte de ellos, en este Sacramento de amor, más que ingratitudes, desamor, olvido, irreverencias, agravios y sacrilegios; así es cómo me pagan; y lo que siento más es recibir tantos ultrajes de los corazones que me están especialmente consagrados.—

§. II.

Mas, si el deseo que Jesucristo Sacramentado muestra por que le visitemos en el Sagrario, y nuestro general desafecto hacia S. M. D., no nos estimulan á hacerle grata compañía, veamos si lo obtiene el provecho inmenso que se consigue de visitar al Sacramento. «Llegaos á Jesús, dice el Profeta (1), y seréis iluminados;» «llamad, añade el Salvador, y se os abrirá;» pero á dónde hemos de llamar? á dónde convendrá que acudamos? Me parece que la respuesta es conocida de todos: debemos llamar donde sepamos que alguien puede abrirnos. Jesucristo habla en esta ocasión de sí propio, y como si en algún lugar de este mundo se halla personalmente el Salvador es en la augusta Eucaristía, luego á la puerta del Sagrario es donde nos conviene llamar. Ved, por consiguiente, cómo se obtienen dos grandes bienes en la visita que hagamos á Jesús; por el primero somos iluminados, y por el segundo nos son franqueadas las puertas del tesoro divino.

(1) Ps. XXXIII, 6.

6. Y qué cúmulo de mercedes no se obtiene por acompañar á Jesús en la soledad del Sagrario? Todo se puede obtener con la ayuda del Salvador, ha dicho el Apóstol (1): consoladora sentencia que ha sido plenamente confirmada por el testimonio de millones de personas que han experimentado en sí propios y en sus intereses las influencias eucarísticas. El real profeta había declarado que el Cristo venidero (2) no abandonaría jamás á los que le buscasen; y con efecto, Jesucristo, después de haber sentado sus reales en el Tabernáculo sagrado, ha despachado satisfactoriamente á cuantos han implorado su poderoso auxilio. ¿Quién hay que haya sido rechazado por el Salvador? Entrad en el Corazón de Jesús Sacramentado, decía con sublime énfasis la Beata Margarita María, como un amigo convidado al festín por otro amigo; allí encontraréis las delicias que os están preparadas, que son superiores á todas vuestras ansias y pensamientos; quedaréis embriagados del vino delicioso de su amor, que endulza las amarguras del siglo é inspira tedio de todos los placeres mundanos. Descansad en sus brazos, como el niño tierno descansa en el regazo de su madre donde encuentra su asilo y seguridad (3).»

7. Para que comprendáis mejor cuáles son los inmensos bienes que se logran con visitar al Santísimo Sacramento, debemos fijarnos en que el Señor ordenó á Sta. María Magdalena de Pazzis, le visitase treinta y tres veces al día, lo cual cumplía esta santa perfectamente. Delante del adorable Sacramento, dice S. Ligorio, aprende uno á ser santo, y efectivamente lo consigue. «¿Dónde, añade, han hecho las almas fieles resoluciones más heroicas que delante del Señor Sacramentado? Y quién sabe si tú, hermano mío, también te resolverás algún día á darte del todo á Dios á la vista de una Custodia? Por mi parte, asegura el siervo de Dios, confieso, agradecido á nuestro buen Jesús, que lo debo todo á

(1) Philip. IV, 13.

(2) Ps. XC.

(3) Moradas en el S. Corazón; Jueves y Viernes.

la devoción de visitarlo en el Santísimo Sacramento, aunque con imperfección y tibieza... (1).»

8. Quizá muchos despreocupados é indiferentes, quizá también algunos tibios católicos se atrevan con más ignorancia que malicia á preguntar: Y ¿qué se hace tantas horas delante del Sacramento? ¡Ah! responde Sor Ana de la Cruz, que fué condesa de Feria:—Yo estaría por toda una eternidad delante del Santísimo. Allí se dan gracias, se ama y se ruega,—y se consigue, podíamos añadir, merced á la acción de gracias, al amor, al interés que mostramos por nuestros hermanos, y merced también á la guardia de honor que prestamos á Jesucristo Sacramentado. ¿Qué es lo que no conseguiría la venerable condesa cuando se hizo construir una modesta celda, desde la que podía ver el sagrario, y en la que pasaba la mayor parte del día y de la noche? Qué es lo que no conseguiría N. P. S. Francisco cuando á cada momento se dirigía al Tabernáculo para resolver sus dudas ante el Dios de los altares? Qué es lo que no conseguiría la sierva de Dios María Díaz cuando afirmaba que no podía vivir sin la presencia de Jesucristo Sacramentado? Qué es lo que no conseguirían, en una palabra, tantos celosos apóstoles, tantos heroicos mártires, tantos fervorosos confesores, tantos penitentes anacoretas, tantas hermosas vírgenes, tantos mortificados religiosos de ambos sexos, que caldearon su espíritu en el fuego del Sagrario, que se movían á su impulso y hacían mover á los demás con ese mismo poderoso agente, que todo lo arrastra hacia sí para conducirlo á la eternidad feliz?

Convencido de que si queremos lograr algún bien duradero, debemos recurrir al Santísimo Sacramento, decía san Luis Bertrán que los siervos de Dios navegan con la Sagrada Eucaristía como la nave con próspero viento, por lo cual aconsejaba á todos que comulgasen á menudo, y cuando esto no pudiesen, que se presentasen delante del Sacramento eucarístico y le recibiesen espiritualmente (2).

(1) Visitas al Smo.

(2) P. Ribadencyra, Flos sanctorum.

9. El famoso templo de Salomón fué, como nadie ignora, adecuado símbolo de los templos donde se conserva el Sacramento Santísimo. Pues bien; el Eterno consignó detalladamente los favores que derramaría desde él, si el pueblo fuese á pedírselos á aquel sagrado lugar. Aparece el Señor una noche al rey sabio y le dice estas textuales palabras: «Si cerrare el cielo y no cayere lluvia, y ordenare á la langosta que consuma la tierra, y enviare peste sobre mi pueblo: empero si éste, convirtiéndose, me rogare y buscare mi rostro, yo también le oiré desde el cielo, y seré propicio á sus pecados, y sanaré la tierra. Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos á la oración de aquél que orare en este lugar, porque he escogido y he santificado este lugar á fin de que esté aquí mi nombre para siempre y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo (1).» Frases bellísimas, animosas, divinas, propias del Altísimo, las que acabamos de oír y que se refieren al templo figurativo del Testamento antiguo; pero que no menos deben aplicarse á los templos reales del Testamento Nuevo, donde Jesucristo ha establecido su residencia sacramental. Si Dios, en efecto, escogió el templo de Jerusalén para oír las súplicas de su pueblo, ¿cómo no habrá escogido para lo mismo los templos de los cristianos, siendo así que Él ha prometido estar en ellos corporalmente hasta el fin de los siglos? Si desde el templo de Salomón despachaba las peticiones de su pueblo, siendo así que en él habitaba únicamente por especial afecto, ¿cómo no despachará favorablemente las que le proponga el pueblo católico en las iglesias donde Él se ha puesto cautivo por su amor? Si en aquel templo, finalmente, tenía puestos sus ojos y su corazón, ¿no los tendrá puestos y clavados mejor en los nuestros? Sin duda, las promesas que el Señor dirigió á Salomón las ha dirigido con más gusto á la Iglesia, Esposa suya, y me atreveré afirmar que si por imposible, en aquel templo hubieren podido faltar las promesas, no podrán faltar las que ha dirigido á su Iglesia y con

(1) II Paralip, VII, 13 et seg.

ella á sus divinos templos. ¡Dicha inefable la nuestra, pues sabemos sin género de duda que Jesucristo, estando corporalmente presente en nuestros altares, nos oye y despacha nuestras humildes súplicas!

§. III.

10. Indecible debía ser el contento y la satisfacción íntima de la Esposa de los Cantares, cuando, después de haberse cansado buscando al amado de su alma, pudo hallarle, no entre el bullicio del mundo, sino en la soledad del campo, en el santuario del silencio. Entonces, llena de júbilo y de alborozo santo, pudo exclamar, dando un fuerte abrazo á su Esposo: «Me así de Él y no le dejaré jamás (1).» Esto es precisamente lo que experimentan las almas puras cuando recurren al santuario eucarístico, á la soledad del templo donde se halla realmente el Esposo sacramentado. Al enseñarnos el Salvador que si aprendiésemos de Él la humildad y la mansedumbre hallaríamos descanso para nuestras almas, quiso manifestarnos que aprendiésemos aquellas virtudes que nos muestra desde el Tabernáculo; por eso es por que los que visitan con bastante frecuencia al Sacramento encuentran ese gran descanso, esa pura satisfacción que les vuelve relativamente felices en este destierro tristísimo.

Gustad y ved cuán suave es el Señor (2); pero cómo le hemos de gustar? ¡Ah! recibid con buena disposición el Santísimo Sacramento, ó al menos visitadle con alguna frecuencia y experimentaréis de cerca su suavidad indecible. ¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu! exclamaba el Angélico en un transporte de alegría, que para mostrar tu dulzura á vuestros hijos lo verificasteis mediante ese Pan suavísimo bajado del cielo, con el cual llenas de bienes á los hambrientos y dejás vacíos de ellos á los ricos ó á los que en Vos no esperan (3).» Esta suavidad riquísima que los sier-

(1) Cant. III, 4.

(2) Ps. XXXIII, 9.

(3) Antífona del Magnificat, en el oficio del Corpus.

vos de Dios hallaron en el Sacramento adorable, ¿no la encontraremos también nosotros?

11. Así lo afirmó la mística doctora del Carmelo, cuando, apareciéndose después de difunta á una de sus religiosas, la dijo con palabras llenas de santo entusiasmo: «Los que estamos en el cielo y los que estáis en el suelo debemos ser una misma cosa en la pureza y en el amor; nosotros gozando y vosotros padeciendo, y lo que nosotros hacemos en el cielo con la Divina Esencia, eso mismo debéis vosotros practicar con el Santísimo Sacramento (1);» las cuales frases comenta el obispo de Sta. Águeda de esta manera: «¿Qué mejor paraíso puede hallar en la tierra un alma que ama á Jesucristo, que estar á sus pies y protestarle el amor que le tiene, ofrecerle á sí mismo con todas sus cosas, y manifestarle los deseos que tiene de verle á descubierto para amarle más (2)?—Que hablen los siervos de Dios, y notaremos que al tiempo y luego de visitar á Jesucristo Sacramentado sentían en sus almas un casto placer que les sumía en profundo éxtasis. Un S. Wenceslao y un S. Juan Francisco Regis, que de noche iban fervorosos á conversar con Jesús, y, si por ventura hallaban cerrados los templos, se quedaban de rodillas en sus umbrales, sufriendo las duras inclemencias del tiempo; un S. Pablo de la Cruz y una Venerable Madre Ágreda, que encendían sus corazones con la llama eucarística, siendo tanto el material calor de sus cuerpos que sus burdas túnicas recibieron también las influencias de aquel terrible agente; un S. Luis Gonzaga y un padre Lanuza á quienes no podían arrancar en manera alguna de la presencia del Sagrario, y hasta les fué prohibido, particularmente al primero, permaneciesen más de una hora seguida, sintiendo tan fuerte violencia al despedirse del Santísimo que lloraban amargamente; un S. Félix de Cantalicio, á quien vió el P. Alonso Lobo en la noche de Navidad que á medida que se inflamaba en amor gradualmente su rostro, se acercaba á esa misma medida al altar del Tabernáculo y

(1) In ejus vita.

(2) Visitas al Smo.

allí, puesto de hinojos y con tiernos suspiros, pedía á la Santísima Virgen le diera su bendito Hijo, siéndole concedido; un P. Costés, misionero franciscano, tan amante del Sacramento, que en los pueblos donde predicaba, instituía cofradías sacramentales ó levantaba las que habían decaído de su fervor pristino.

12. Decídme, ¿qué regalos espirituales no percibirían estos devotos del Sacramento cuando se hallaban al pie del Sagrario, que no querían separarse jamás de su presencia? Qué satisfacción tan inmensa no experimentarían al emplear todos los medios posibles para estar con Jesús y para que los demás imitasen su buen ejemplo? ¡Ah!; no es dable, no, declarar con palabras, ni redactar en el papel, ni pintar en dispuestos lienzos el verdadero gozo, la satisfacción completa, la felicidad inmensa que inunda el alma de los verdaderos amantes del Sacramento en sus frecuentes visitas al Dios del Sagrario.

Y nosotros, ¿seremos tan cobardes que no creamos poder llegar á esa felicidad tan grande? Menos visitas mundanas y más visitas sagradas; menos asistencia al casino, al café y al teatro, y más frecuencia del templo y de los sacramentos; menos concurrencia á lugares infames, donde no se hace falta, y más estancia ante el Sagrario, donde se hace más falta, ya que Jesucristo nos busca y nosotros tenemos necesidad de Él. Lástima que ocurra todo lo contrario! Lástima que la mayor parte de los cristianos que cumplen, apenas se personen en el templo una vez á la semana, y aun quizá digan ¡*gracias!* Las gracias se las dará el Justo Juez en el día último por lo atentos que estuvieron con su Majestad divina.... Reanimemos nuestro abatido espíritu; procuremos imitar la conducta de los santos, y un día seremos premiados por Jesucristo, Señor Nuestro.

EJEMPLO

El V. Fr. Benito de Santorcaz, lego de nuestra Orden seráfica, profesaba un amor especialísimo á la Sagrada Eucaristía. Los superiores le habían confiado el trabajoso cargo de sacristán, que procuraba desempe-

ñar lo mejor posible. Casi siempre se ocupaba en lavar y barrer el templo, limpiar los vasos sagrados, ornamentos y altares, particularmente el altar del Sacramento, en cuyo ejercicio padecía frecuentes éxtasis. Estaba un día quitando el polvo del referido altar, y como llegase á la altura de las manos y no pudiese por sí mismo subir más, se llenó de tristeza, pues tenía vehementes deseos de limpiar todo el retablo. Entonces comenzó á enajenarse en la meditación de las bellezas eucarísticas, de suerte que, sin saber ni sentir lo que ejecutaba, fué milagrosa y gradualmente subiendo hasta que limpió la cúspide del retablo. Cuando al Señor pareció conveniente, determinó bajase su siervo, quien, no pudiendo resistir incendios tantos como abrasaban su hermoso espíritu, corrió á la huerta del convento para templar sus ardores, y queriendo le ayudasen á dar gracias al Rey de los cielos, llamó á las juguetonas avecillas que, obedientes al mandato del humilde religioso, y entonando mil cantares, bajaron y se pusieron en sus manos. *P. Eusebio González* (1).

(1) Parte VI, lib. 3.º, cap. 30.